

## *Conjunciones de irracionalidad y racionalismo*

**MARIO  
PARAJÓN**

**D**esde que los ingleses empezaron a montar en bicicleta escribieron libros diferentes. A los profesores de las islas tanto tiempo afortunadas, no les costó mucho esfuerzo aprender el arte de pedalear desde un sillín por lo general cómodo. Y como había y sigue habiendo manubrios de toda clase y condición, en razón de este detalle se facilitó más aún la maniobra.

Uno de los favorecidos por este aprendizaje y ejercicio sin duda lo es Robert Service. Tenía por obligación que pasar todos los días frente a la casa habitada por Lenin durante su estancia londinense. A fuerza de contemplar igual fachada y jardín con chirriante verja, a la imaginación de Service fueron tocando con insistencia los viejos gnomos del retablo leninista: sus padres, el famoso hermano del que tanto se habla para atribuirle a Vladimir la captura de sus atributos de luchador casi por asalto; la estancia en París sobre la que hay una curiosa observación en el diario de Julien Green; y por último la toma del

## LITERATURA

poder y el disfrute del mismo si a eso se le puede llamar disfrute.

El libro de Service aparece en la editorial Siglo XXI. Es una biografía voluminosa que difícilmente se publicaría en la era del comunismo o en uno de sus países satélites. Pretende dar la imagen del hombre público decidido a crear el estado revolucionario y también la otra imagen: la del protagonista de

anécdotas divertidas, a veces chaplinescas y siempre tendiendo a solicitar del ídolo su jubilación del pedestal. Durante décadas la estatua de Lenin fue cubierta de alabanzas de todo tipo y adornada con lo mejor del salterio socialista a fin de que tal costumbre se extendiera a sus sucesores, Stalin el primero de ellos, por supuesto. Service le huye a la tal apología, se hace eco de las críticas, cuenta las pequeñeces del personaje y trata de encontrarle su lugar en la historia para comportarse con sensatez, como buen británico. Se ve que ha manejado una documentación colosal y que la mueve de la más ágil de las maneras. No es una biografía “mundana” como lo sería la de un discípulo de Maurois; no se eleva tampoco a la categoría ni a la profundidad de una obra de Iuizinga, pero da una buena medida de rigor y equilibrio.

Y ya que nos movemos entre biógrafos y biografiados, saludemos el acierto por parte de Ariel de una obra de Denise Crouzet donde se traza una excelente semblanza de Calvino. Hoy no se sabe mucho de este gran hombre de la Reforma, que ocupa el segundo lugar en el elenco de los que dieron un giro de ciento ochenta grados a la historia del cristianismo. Parece increíble que en la ciencia teológica fuera un autodidacta y que a los veinticinco años hubiera terminado la Institución Cristiana. Un verdadero obseso de las Sagradas Escrituras, muy seguro de que la

paz del espíritu se conquista a base de la lectura asidua tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento; muy fino y penetrante en sus observaciones, tal vez Calvino ha sido la más extraordinaria y extraña conjunción de irracionalidad y racionalismo que cabe concebir. Sus seguidores desprecian serenamente los bienes de este mundo, pero su manera de ser consecuentes con este desprecio es de una originalidad casi alucinante. El calvinista pone todo su empeño en tener dinero, trabajar como nadie, se limita los placeres, se acuesta con el sol y se despierta casi de madrugada. Piensa que el triunfador en los negocios es el elegido de Dios, pero que éste debe poseer los bienes de la tierra como si no los poseyera, poniéndolos ante el Altísimo a manera de ofrenda, para de esta forma realzar lo único que a su parecer vale la pena: la gloria del Creador. En el pensamiento católico se procura un equilibrio difícil entre la exaltación de Dios y la del hombre, espléndida criatura suya; en el pensamiento de Calvino se procura lo infinito de la expansión de ser divino hasta un extremo indecible. El hombre sólo es feliz si cultiva este espíritu de veneración que lo lleva a cantar en todo momento la gloria del Señor.

En Littera, Marta Ranch traduce admirablemente dos cuentos largos de Musset: El hijo de Tiziano y Emmeline, que se publican junto a un ensayo, para

mí hasta hoy desconocido, de Lamartine sobre Musset. Las narraciones se leen con más humor que talante dramático, divierten, tienen color, se propasan un poco de patéticas y nos hacen pensar que el romanticismo bronco de Hugo y la aventura espiritual de Wordsworth, Keats y Shelley, es lo único que sostiene esa imaginación siempre a punto de desbordarse. El mejor Musset será el de Los caprichos de Mariana, Lorenzaccio y No hay burlas con el amor, pero de cualquier manera ha sido muy

buena idea resucitar estos viejos textos del amante de George Sand prácticamente desconocidos y donde hay una bonita mezcla de belleza y demencia.

Como las hay igualmente en toda la obra de Chesterton y en la de Stevenson. Borges pensaba que Stevenson había trabajado como ningún otro escritor, sencillamente para hacer felices a sus lectores. Nunca se propuso otra cosa, pensaba de él el argentino. Imposible leer La Isla del Tesoro sin olvidar cuánta magulladura proveniente de la vida nos haya deparado alguna tristeza. Stevenson es el médico fenomenal que tiene a la mano todas las recetas. La manera que tiene de mover a sus personajes entre la realidad más tangible y la maravilla más radicalmente opuesta a eso tangible, es lo que a mi juicio constituye el secreto de esta receta de dicha: se está en este mundo y se está infinitamente lejos de este mundo en los relatos de Stevenson.

¿Y Chesterton? Si proseguimos con los juicios de Borges, visita del asombro habrá al enfrentarnos a su opinión de que Chesterton hurgaba a todo tacto en cuanto escondrijo, telaraña, resquicio, molde o sombra caótica oculta la existencia. Según Borges, Chesterton conocía a fondo todas las maniobras del caos. Es un escritor muy divertido; su personaje —el inolvidable Brown— presume de ser el gran lógico; pero bajo esa máscara se oculta la gran locura de un

## LITERATURA

extrañísimo escritor católico al que todos admiran y al que nadie nunca termina de comprender. ¿Por qué? Porque en vez de abandonar un salón por las puertas que el mayordomo solemnemente abre, lo hace o bien por la ventana o por el hueco de la estufa, lo cual ya sabemos lo que quiere decir: que se empeña en conducirnos no sabemos a dónde por un camino cruzado de sorpresas, las cuales parecen bombas de explosivo multicolor. Con los fragmentos de cada artefacto en las manos, no sabemos lo que hacer: es como si se estrenara el regocijo de la gloria, pero también como si una tremenda inquietud nos velara lo diáfano de su perfil.

Stevenson es diáfano y su imaginación se caracteriza por esta espléndida diafanidad. Un día en medio de una travesía dice a sus amigos y familiares que será él quien prepare la ensalada del almuerzo. Baja al comedor del barco; busca él personalmente los ingredientes; dispone una gran fuente y va colocando lo verde junto a lo rojo —lechugas, escarola y apio junto a rábanos, tomates y pimientos—; alza el frasco del aceite y del vinagre como si fuera a proceder a un bautizo y lo vierte con cautela de joven lobo de mar. Algo le ocurre entonces. Nadie nunca sabrá lo que es. Stevenson se lanza a correr a la cubierta del barco y al encontrar a la esposa se le enfrenta y le pregunta luego de exclamar: “¡Mírame!, ¿no es verdad que estoy

perfectamente?”. No dice más. Cae muerto.

Ahora es cuando podemos imaginarnos a Chesterton leyendo a Stevenson. Se armaría de su pipa, de su revólver, de su gran jarra de cerveza y de sus pantalones de franela. El revólver lo compró cuando su matrimonio, para defender a su esposa a la manera de un caballero medieval. La jarra de cerveza lo hacía

revivir el ambiente de la taberna tan amada cuyas canciones le soplaban al oído el aire de la vieja Inglaterra, sus fantasmas, sus princesas y bosques nevados. El cañón largo de la pipa y su taza honda le servían para centrarse en sí mismo venciendo todas las tentaciones de dispersarse, mientras los pantalones de franela lo protegían del frío y también de las traiciones de la vejiga.

La imaginación de Chesterton se ha hecho al fuego del cristianismo medieval y la de Stevenson al calor de los mares del sur. ¿Alguien se imagina el encuentro de estos dos seres de excepción? La editorial Pre-Textos es la que acaba de publicar este ensayo de Chesterton sobre Stevenson. Es deslumbrante.

La colección Andanzas de Tusquets sigue manteniéndose a magnífica altura. Andrei Makine es uno de sus nombres importantes en la actualidad, todavía no muy conocido por el público español y latinoamericano. Se trata de un ruso instalado en París, escritor prolífico, evidentemente influido por la literatura de su país, tal vez por Dostoievsky y quién sabe si también por Simenon. El Crimen de Olga Arbeline es el título que se presenta al público y que se está vendiendo admirablemente. Una correspondencia del gran poeta español Gerardo Diego aparece editada, lo mismo que el ensayo de Chesterton, por Pre-Textos. Gerardo Diego es un

hombre que está por descubrir. Era muy conocido antes de la guerra civil española, formando parte del grupo que se llamó Generación del 27 y cuyas figuras más destacadas ya sabemos que eran Jorge Guillén, Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, Pedro Salinas, Luis Cernuda y Emilio Prados, aparte naturalmente, Federico García Lorca. Al declararse la contienda, Gerardo Diego se puso junto al bando nacional lo cual motivó una alusión insultante de Neruda en su Canto General. Muchos años después, Gerardo Diego, igual que Dámaso Alonso, le perdonaron al chileno aquella desdichada salida de tono. Hoy se leen los dos tomos de la Poesía Completa de Gerardo Diego como verdaderas joyas de la literatura universal. Lo primero: sus sonetos y sus romances son auténticas revoluciones en la técnica de esos dos modos del verso y ambos de una belleza y de una originalidad realmente estremecedoras. Hay sonetos suyos, como la Asunción de la Rosa, Insomnio, Las Nubes, Torres de Compostela, que no pueden dejar de leerse muchas veces si se han leído alguna vez. Gerardo añade realidad a la realidad; parece mentira que logre con la lengua española giros y metáforas que nunca se nos habrían ocurrido y que diga de esa manera en poesía lo que ni soñando se puede decir en prosa. Por eso se ha dicho que sus sonetos provienen de lo más arcaico y tradicional de la poesía española y que a la vez son

radicalmente innovadores y nunca una imitación. Él aclaró una vez que había escrito poesía relativa y poesía absoluta; aquella apegada a lo cotidiano de la realidad y ésta dirigida a lo absoluto. Es cierto. Pero quizá su mayor mérito no reside ni en esto ni en nada de lo apuntado anteriormente, si se compara con lo que verdaderamente produce como efecto esta poesía que tocó tantos

temas, se acercó tanto a la música, al amor y a la amistad personal: es imposible conocerla y no sentir la forma en que opera como verdadera vitamina lírica en quien se deja poseer o arrebatar por su encanto. Es la poesía del estímulo, la más ligera y al mismo tiempo la más grave, la que dan ganas de aprenderse de memoria y de recitar siempre en voz baja.

En otra ocasión me gustaría extenderme en el comentario del tomo segundo de la obra de Proust universalmente conocida como En busca del tiempo perdido. Todos los proustianos sabemos que se titula este tomo A la sombra de las muchachas en flor. En su día lo tradujo don Pedro Salinas y fue leído por todos los jóvenes amantes de la literatura que se enloquecían con la manera tan espléndidamente “literaria” que tiene Proust de abordarlo todo. Yo recuerdo una noche en París en la que necesité ir a la Telefónica a llamar a Cuba. Hablo del año 1957, al ver a las muchachas sentadas en sus mesas quitando y poniendo los cordones telefónicos y enchufándolos en sus respectivos lugares sentí el deseo vivísimo de correr a mi habitación de estudiante y buscar la página de El mundo de Guermantes en que Proust describe la Telefónica; y no bien realicé la llamada corrí en busca de la página.

